

llegara a entenderla, jamás sería capaz de relacionar con la realidad. Era necesario partir de un hecho instintivo y natural en el niño que hiciera detener por un momento su mente en una cosa material para que en fuerza de asociaciones y observaciones sucesivas pudiera, partiendo del concepto real, alcanzar el de lo abstracto. El juego como bien lo comprendió la señora Montessori y como lo ideó Decroly era la manera de atraer toda atención infantil, hasta la de aquellos pequeños anormales que a primera vista parecen rebeldes a todo esfuerzo de observación. El juego, que como dice Claparede es la relación del niño con la vida, era la única causa que podría mover por interés la actividad espiritual del alumno.

Una vez la noción adquirida es preciso trabajarla por todas sus ramificaciones, de manera que todo el esfuerzo manifestado se concentre en reforzar el concepto que nace. Por esta causa el horario y el programa deben ser dispuestos armónicamente, y lo suficiente elásticos para permitir la prolongación o la suspensión de un ejercicio, de acuerdo con las necesidades y los progresos que manifieste el alumno. Cuántos toques súbitos de campana, no troncharían, en el régimen de la escuela vieja, y quizá en el momento máximo, intensos procesos intelectuales que se realizaban en el niño!

Atraída la atención y asegurada la creación del centro de interés, comenzará la labor de asociación: la hilación de los diferentes fenómenos irá ocupando el interés del pequeño escolar, y las relaciones de causa y efecto le irán explicando lo que al principio no podía comprender.

En seguida interviene la expresión concreta de las nociones adquiridas y asociadas. Luego, todo aquel grupo de aparentes trivialidades como lo son el recorte de cartones, la modelación, el dibujo, la colocación de figuras, etc., que para un profano parecen estar desprovistas de todo interés, pero que para el pedagogo son la más alta exaltación de individualidad. ¿Qué puede significar para un niño no iniciado el que un niño modele toscamente en yeso la figura que él mismo, sin influencia exterior ha llamado, por ejemplo, «mamá bañando el bebé»? Nada; a lo sumo un juego ridículo o desaseado; un tiempo precioso que para él sería mejor utilizar en la recitación de algunos pasajes de Historia Patria o en el repaso de las tablas de multiplicación. Sin embargo para el pedagogo esa realización concreta vale mucho: observación bien dirigida, asociación, representación por último. Los trabajos manuales, desechados por los sistemas antiguos ocupan en la escuela nueva un lugar eminente.

La realización abstracta presenta dificultades de otro género. Tomemos, por ejemplo, la lectura, que según lo han demostrado el profesor Decroly y la señorita Degand abraza toda una serie de procesos como son la comprensión visual gráfica, la expresión verbal, la asociación de sonidos, la copia, la expresión escrita y la ortografía. En el método nuevo, por un proceso que han llamado ideo-visual, se condensan por la observación directa, todos los haces de la función «lectura» hasta llegar a un momento en que el niño, sin pasar por el conocimiento previo de la letra, que es la noción más abstracta, leerá, encontrando en las manifestaciones escritas, por asociación, correspondencias con nociones anteriormente

adquiridas. Hacer la comparación en las cartillas absurdas, de los abecedarios aprendidos como fórmulas que se dicen sin intención, y el método nuevo, en que no se ha torturado al niño y que por el contrario se le ha ofrecido la ocasión de aprender jugando, basta para apreciar el enorme valor de los segundos.

Romper la idea del sistema colectivo, en que se pretende medir a los niños por un mismo rígido patrón, ha sido obra de las reformas sustanciales del decroliano. La escuela nueva es la exaltación de la individualidad infantil. El individuo, esa entidad desconocida u oculta al menos para los sistemas antiguos, encuentra aquí un amplio campo de manifestación. Individualizar la escuela, individualizar el sistema creado por el estudio psicológico del niño es el afán de los reformadores actuales. Evitar el automatismo, peligro de todos los sistemas y que en los métodos antiguos era consecuencia natural de su aplicación, que aniquilaba lentamente el valor de la iniciativa, sofocaba la observación, para convertir al niño al cabo de dos años de escuela, en uno de aquellos ejemplares de escolares sometidos, de una pasividad que desconcierta y desespera. Niños para quienes la vida escolar se ha reducido, junto con la niñez toda, a aprender la recitación de las capitales de América, por ejemplo.

En el Gimnasio Moderno fué la primera parte de Colombia donde se introdujo el sistema; después, don Tomás Rueda Vargas, director del Hospicio de Bogotá, justamente horrorizado por el aspecto de esos niños sometidos y aniquilados, víctimas de una disciplina absurda, se propuso establecerlo allí, haciendo que las Hermanas de la Caridad encargadas del Instituto fueran al «decroly» del Gimnasio para aprender prácticamente las orientaciones del nuevo método, con el objeto de aplicarlo en su claustro. Por otra parte, las religiosas han asimilado con gran rapidez los nuevos métodos, habiendo llegado a tanto su entusiasmo, que ya en varias casas de Antioquia, y de la Costa han sido implantados con grande éxito. Hoy día, a consecuencia del establecimiento del procedimiento, el ambiente entristecido del asilo de huérfanos ha variado totalmente. El régimen que pudiéramos llamar colectivo ha sido desechado y sustituido por el de la Escuela Nueva. Las clases han abandonado las salas oscuras, y se han ido a establecer en los amplios corredores, al sol, suficientemente aereados. Las recitaciones automáticas, cuyo sentido el niño se resistía a concebir, han sido sustituidas por el trabajo espontáneo, por la natural expansión de los niños, que ya no se agrupan atemorizados en los bancos estrechos de las clases-audiencias, sino que corren, con el material escolar entre las manos llenando con su niñez inquieta, restaurada la nueva clase-laboratorio.

Los resultados obtenidos han sido asombrosos, y con el éxito del Hospicio, afortunadamente parece haberse eliminado el concepto erróneo de que el «decroliano» es una pedagogía de lujo, un sistema para niños de alta sociedad. Ya empieza el público que ha visitado el asilo, a comprobar que el método es para el niño, se encuentre en esta o en aquella clase social: triunfará donde quiera que haya interés, entusiasmo y fe. ¿No es el argumento más elocuente para rebatir aquella tesis, el éxito del método en los claustros del Hospicio de Bogotá?